

EDITORIAL

La más evidente manifestación de la práctica educativa formal se advierte en los recintos escolares, cualquiera sea el nivel escolar considerado. Dicha práctica puede resumirse como el proceso a través del cual unas personas, por lo general adultos, supuestamente expertas en determinada área del conocimiento acerca de la realidad, intentan enseñar a otros, considerados inexpertos, todo aquello que se considera de importancia capital para garantizar la continuidad y el progreso de una sociedad determinada. Esta tarea constituye la enseñanza, y es realizada primordialmente por el docente. Corresponde al estudiante la tarea de aprender, y en ello invertirá buena parte de su existencia. Las dos tareas, enseñar y aprender, constituyen los componentes del proceso comúnmente denominado enseñanza—aprendizaje, el cual representa la faceta más notoria de la referida práctica educativa escolarizada.

Para una proporción importante de quienes fungen como educadores, dicha práctica parece estar regida por principios inmutables que, actuando como directrices que se acatan de manera acrítica, terminan por convertir la educación que acontece en las instituciones escolares, en una rutina estéril, incubada en un medio poco estimulante de la reflexión y la creación.

Por muchos años se ha ido consolidando una situación según la cual, los docentes, en su gran mayoría, cumplen el rol fundamental de transmisores de conocimientos, que ellos no han contribuido a descubrir ni a crear. Podría afirmarse que los docentes aparecen como ejecutores de un cierto nivel de la práctica educativa, cuyos fundamentos teóricos desconocen o comprenden vagamente.

Frente a tales educadores o docentes predominantemente “prácticos”, aparece otro grupo de profesionales actuando a un nivel básicamente teórico, ocupados en “desentrañar” los fundamentos de las prácticas educativas en las cuales se mueven los “docentes de oficio”. A este grupo se le identifica como los investigadores educacionales, cuya práctica no siempre muestra puntos claros de vinculación con el acontecer educativo permanente. Tal panorama parece ser el resulta-

do del predominio de un enfoque poco apropiado sobre la teoría y la práctica educativas, guiado por el paradigma positivista lógico de la ciencia, que ha ejercido una considerable influencia en todas las áreas de la actividad científica. Frente a la ya mediatizada labor llevada a cabo por los profesionales de la educación que actúan a un nivel fundamentalmente práctico, ha existido hasta ahora en nuestro medio una actividad paralela, no siempre complementaria, que sólo la realizan los investigadores educacionales, quienes, en su gran mayoría, han sido formados dentro de la perspectiva positivista de la ciencia y de la investigación. Tal circunstancia ha contribuido a configurar un abismo, entre las actividades realizadas por los educadores que cotidianamente conducen las tareas de enseñanza y de evaluación del rendimiento estudiantil, y las que realizan quienes, desde afuera, se ocupan de hilvanar explicaciones sobre la realidad educativa, y de prescribir la práctica de los docentes sobre la base de los principios que derivan de sus elaboraciones teóricas. No hace falta hacer un considerable esfuerzo para descubrir la separación que se fue gestando entre las prácticas que llevan a cabo los educadores y la que realizan los investigadores educacionales. Podría afirmarse, incluso, que es posible distinguir dos clases de práctica sobre la educación, que confieren a sus ejecutores estatus diferentes: la práctica cotidiana realizada por los docentes, con los propósitos de enseñar a los estudiantes y evaluar su rendimiento, y la práctica no siempre sostenida, más bien esporádica, que realizan los investigadores educacionales, a la cual se cataloga como científica, por contraste con la primera, la cual, en muchos casos, se sustenta en credos y en la rutina.

Para la mayoría de los docentes, la investigación sobre aspectos educativos se presenta muchas veces como una empresa irrealizable de carácter esotérico, harto complicada, para la cual se requiere una sólida preparación. Esto es particularmente cierto dentro del enfoque positivista lógico dominante de la investigación educacional. Pero, afortunadamente, este enfoque empieza a ceder terreno frente a nuevos paradigmas que, al parecer, pueden llegar a constituir opciones más apropiadas para abordar el estudio de la compleja trama educativa. Uno de estos nuevos enfoques aparece como una opción integradora para abordar el estudio de la educación, a través de la cual parece posi-

ble, no sólo la vinculación entre la cotidiana labor del docente y la del investigador educacional, sino también la realización permanente de la investigación por parte de los propios actores del proceso educativo. Según este nuevo enfoque, la investigación aparece como una actividad que se realiza en y para la educación, asequible a todos los actores del proceso educativo y con un propósito transformador. En tal perspectiva es fácil comprender que la investigación educacional es parte esencial de la tarea docente, que debe propiciar una vinculación permanente entre teoría y práctica educativas.